



Alonso Zamora Vicente

Polichinelas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

Polichinelas

Algunos jueves por la tarde no hay colegio, vamos después de comer a tomar el sol a la explanada de Palacio. Sol tibio y ya bajo de las cuatro, claridad inverniza, una frágil niebla atesorando humos sobre el río, tin tén de los tranvías, los gritos de siempre, ese vano mirar a los ojos vacíos del ciego del Viaducto, la tristeza porfiada de su cartel «De la gota serena», y la de su sombrero arrugado, donde suenan las monedas turbiamente al caer, como pisadas vacilantes en lo oscuro. Lancinante acoso de dudas, la gente le echa perras y yo aprieto en la mano, dentro del bolsillo, los diez céntimos o quince que llevo, si le daré algo o lo guardaré todo para la vieja del puesto: vacilaciones ante el chichingú, los adoquines de limón y menta, o los altramuces, el palo luz, los garbanzos de pega o las sultanitas de [124] coco, o la más evidente y lenta dulzura del pirulí al regreso, chupeteando. Plaza de la Armería, frente a la verja encendida de sol, muchos críos jugando, asombro repetido del relevo de los húsares en los grandes garitones de madera, siempre un olor de caballos anunciándolos. Y el agolparse la gente junto al armatoste de los curritos, todos, grandes y pequeños, alrededor del endeble biombo de lonas y tablas, donde ocurrían maravillas. La corrida, y siempre perdía el sombrero el picador, y todos los chiquillos ríen escandalosamente cuando el torero pregunta si puede pinchar al toro por detrás, que también tiene agujerillo, una voz adelgazada y entristecida, como una pena orlada de barullos, la del hombre que habla dentro de los curritos, infatigable. Entra, toro; alto, toro, no seas bruto, que me has clavado un cuerno en la barriga, y los chicos ríen, ríen sorbiéndose los mocos, y los mayores ríen, y ríen, un fleco de carcajadas descolgándose de la tarde lentísima, y el torero que muere y resucita y vuelve a entrar a matar, y las mulillas, los cascabeles resonantes, una plaza de toros quimérica, adivinada en la cuadrada superficie de los polichinelas, y, sin embargo, enaltecido redondel de sueños, bondadoso, con sol y nunca sombra, yo sentado en el suelo, mientras los barquillos (del gallego ése gordo, como siempre) caen por la comisura de los labios, abobados, entre risa y risa desgajándose. Y los curritos continuaban luego, y se presentía al hombre por el ventanuco de la lona, y salían a discutir [125] marido y mujer, él sucio y ella elegante, y le insultaba por su dejadez. No te sabes limpiar la ropa, eres un adán, y risas nuevamente, todo el mundo riendo, como si aquello fuese solamente risa, risa, improrrogable plazo a la alegría, y el marido estiraba el cuello y la mujer le golpeaba en la nuca creciente con un largo palo que sonaba mucho, los barquillos deshechos sobre la solapa, y la baba del que está a mi lado le chorrea delgadamente por el pecho y la barriga y le siembra brillos en los zapatos, sentado como está en cuclillas, y Toma cuello, ya te daré yo a ti cuello, y más golpes en el cuello, y el pobrecito marido se cae medio muerto sobre el borde, su traje raidillo y sucio envejeciendo al sol y a la brisa, una humillación vaciándose, y se lo lleva la mujer al hombro, canturreando: «Es mi hombre, mis encantos y mi amor, yo le doy, y cuanto soy, a mi hombre», y aplausos frenéticos, un escalofrío rencoroso por todos, el de las babas cayendo se las sorbe fortísimo, cuando, reanimado el marido, estrangula a la mujer, llamándole

mala, mala, mala, cada vez más flojo, agonía lenta y penosa, como un leve bordado entre las risas, una sombra de lágrimas aquí, tanto reír, cómoda fatiga.

Luego salía el hombre de allí dentro y pasaba una boina desteñida pidiendo dinero. Los mayores le echaban, también algunos pequeños, y vendía papeles de colorines con los cuplés de moda, y decía que sabía escribir cartas para las enamoradas, que nunca se lo entendí. Los chicos continuábamos esperando, [126] sentados en el suelo. Campanadas en el reloj de Palacio, los tranvías, un olor lejano a trenes, a castañas asadas, a soldados. Murmullo de charlas que cesa cuando el hombre comienza a hablar y sale la bruja, vestida de encarnado y con un gorro negro. Qué nariz. Llega corriendo el chico baboso, viene de mear en la garita, revuelo de cabezas, súbita distracción, nuevo abobamiento. La bruja habla esa voz respaldada de tristezas, y pide una niña o dos para comérselas, algunos pequeñitos se levantan, y se oye más el tranvía que pasa y los gritos de los que juegan al rescatao por allí detrás, silencio del miedo por la bruja, que, distraída, no ve cómo la va a matar el bueno, que es novio de la princesa, la que va de blanco, y menos mal y más peripecias, y muchas veces menos mal. Y palos, siempre palos en la nuca, fuerte y sin consuelo, todos abatiéndose al bordecillo de la lona, flojos, huecos, un cansancio infinito arrastra todo desde la cabeza colgante.

Y salía otra vez el hombre, agachado, doliéndole la voz de tanto gritar y disfrazarla, y pedía dinero gorra en mano, un vergonzoso temblor insinuándose. Y la gente toda solamente entonces se acordaba de vámonos, que es tarde, y el hombre, una soledad redonda, se ponía su gorra y recogía. Y yo apretaba mis céntimos. Él ponía los muñecos en una cesta, ordenándolos, peinándolos, y no lograba, nunca, quitarles su aire de cadáver azotado de muerte, de tanto palo fuerte y en la nuca, todos desinflados, y sin carroña ni esqueleto, cabeza solamente: el sitio de [127] los golpes, y el toro con un cuerno desmochado, y las mulillas, cascabeles resonando, y el gorro de la bruja volcándose borracho, todo fofo y sin voz, un viento sólido y amargo apretujándolos. Muertos. Tanto golpe fuerte, y en la nuca siempre. Muertos bajo el estallido dorado de la tarde. El hombre se echaba al hombro el tenderete, ya cerrado definitivamente el cuadradillo aquél de la mirilla, desencanto total al ver que no había nada extraordinario dentro, hecha la casa de tres paredes una, y tapaba la cesta con la cortina vieja que tenía en la parte de atrás, tan mugrienta y ruinoso que el viento ahuecaba el pecho para no moverla, y los pocos chicos que quedaban comían de prisa sus barquillos, el hombre yéndose despacito, la cesta en un brazo y la caseta al hombro, ahí va el tío de los polichinelas, frío, relevo de los húsares, olor de caballos, el hombre despacito Cuesta de la Vega adentro y cojeando, yo aprieto mis monedas, y dónde se irá ahora, y quién sabe si vivirá muy lejos.

...también tú vas a

ver

cuánto va a dolerme el haber sido así.
(CÉSAR VALLEJO)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

